

## PRAGMÁTICA Y PSICOANÁLISIS

# *El analista lacaniano: límite de la errancia [\*]*

Cristina Martínez de Bocca

De la prohibición del goce en la época freudiana al empuje a gozar contemporáneo, Martínez de Bocca “ilumina”, orientada por distintos momentos que sitúa en la enseñanza de Jacques Lacan, las “zonas oscuras” –son sus términos– del malestar actual. Sin perder de vista que la “exigencia superyoica no es efecto de la civilización sino estructural” transita por la lógica del no-todo en relación al superyó imperante. Habida cuenta de lo cual puede afirmar con propiedad, y demostrar de qué modo y por qué la “clínica pragmática” es una respuesta –no cínica, por lo demás– en la “época del Otro que no existe”.

Un interrogante me orientó respecto del tema que nos convoca: ¿qué en la enseñanza de Lacan, elucidado por J-A. Miller, ilumina con “luz rasante” las zonas oscuras del malestar actual y permite afirmar que la “clínica pragmática” es una respuesta psicoanalítica en la “época del Otro que no existe”?

## I - La época de la errancia: lógica del no-todo

Es evidente que el siglo XXI tiene marcadas diferencias con el siglo de “La interpretación de los sueños”. El psicoanálisis inventado por Freud, alojó el malestar de sus contemporáneos fundado en la queja por la prohibición del goce.

La existencia del Otro alojaba las identificaciones simbólicas, ofrecía la brújula del padre y la dominación del Ideal del yo, junto al cual Freud situó al superyó, como aquella instancia paradójica de la segunda tópica, que prohibía el goce y al mismo tiempo, exigía más. Pero Freud se interrogaba sobre qué querían las mujeres, ya que pensaba que el superyó en ellas no era como en el hombre.

En el siglo XXI, ya no se trata de la prohibición del goce sino, al contrario, del empuje a gozar, de la búsqueda de “un punto al infinito del goce como absoluto”, un goce sin trabas. El empuje a las adicciones, no sólo de sustancias tóxicas, lo demuestran.

Ese “estilo adictivo” de relación con los objetos –nuevos reales de la civilización hipermoderna, “concentrados de superyó”– revela su faz más oscura en los niños, como por ejemplo aquellos que recientemente debieron ser internados por su adicción al teléfono celular. Y no podrá sorprendernos que se transforme en epidemia, ya que las identificaciones se sustentan en ser “identificaciones de goce” [1].

Jacques Lacan, anticipándose al mundo del Otro que no existe, en sus últimos años quiso “reavivar” el concepto freudiano de superyó, en “*L'eturdit*” por ejemplo, concepto que estuvo presente en su primer encuentro con el psicoanálisis [2].

En su tesis de psiquiatría de 1932, el caso Aimée, demuestra que el sujeto se calma no cuando hace el pasaje al acto contra la perseguidora sino cuando es castigada por ello. Lacan encuentra así en el superyó el fundamento de los “mecanismos” auto-punitivos, introduciendo la paranoia de auto-punición como una categoría nueva.

Lo engancha al psicoanálisis el concepto freudiano de superyó como el inconsciente-repetición, el inconsciente que obliga al sujeto, que lo coacciona, en la búsqueda de un bien absoluto, de un goce absoluto - y por eso mismo imposible - aunque vaya en contra de su bienestar y aún de su vida, como lo demuestra la lectura que hace del “Hombre de las ratas” y su casamiento con la muerte.

O como hoy lo constatamos en las múltiples adicciones, las epidemias de anorexia y bulimia, la violencia, que dan muestra de cómo el goce superyóico escapa a la regulación fálica.

Lacan formula que el objeto plus de goce subió al cenit social, lo que trajo como consecuencia una feminización de la civilización, es decir, que el empuje al goce sin freno orden superyoica- cuestiona el principio de limitación que está del lado masculino de la sexuación [3].

## II - Un falso real

La exigencia superyóica no es efecto de la civilización sino estructural [4], y es por haber repensado –contra sí mismo– la estructura, que Lacan tomó la vía de la pregunta freudiana ¿qué quiere una mujer? –es decir, ¿de qué goza ella?– para abordar el superyó femenino, en tanto enmascaraba la cuestión que Freud dejó abierta sobre el goce femenino que tiende al sin límites.

El cuestionamiento del fin de análisis freudiano fue correlativo de un psicoanálisis más allá del Edipo, lo que supuso considerar otra lógica además de la fálica sostenida por Freud: la lógica del no-todo característica de la sexuación femenina.

Esta lógica del no-todo implica que el goce femenino no está limitado por el falo, aunque la mujer participe también del goce fálico; es un goce más bien cercano al silencio pulsional, abierto al infinito. El no-todo de la mujer es la ausencia de límites, por ejemplo: no hay límites en lo que ella puede hacer por un hombre.

Las consecuencias de separar Edipo de castración, especialmente en el seminario 17, se hicieron sentir en la desvalorización de la verdad toda, en tanto el amor a la verdad, el amor al padre, hacer existir “La” mujer en el lugar del agujero, son nombres del superyó en su aspecto de pulsión de muerte. Esto se funda en el hecho que si bien el mito edípico es un sueño de Freud, la castración no lo es.

La castración efectuada por el lenguaje sobre el ser que habla, tiene su correlato en el superyó como empuje al goce sin límites, a la no castración, a gozar del fantasma –“no hay relación sexual salvo entre fantasmas”– decía Lacan en uno de sus últimos seminarios.

El superyó implica una relación estrecha con lo que Lacan llamó el “Deseo de la madre” en lo que tiene de capricho sin Ley, el goce femenino desconocido de la madre en tanto mujer, que es preciso nombrar en el análisis, metaforizarlo.

Este goce que deviene de la orden superyóica, con aspiraciones de absoluto en sus manifestaciones, como palabras que se imponen, que “penetran” en el cuerpo del sujeto, presentes en el síntoma, se aloja en la zona fuera de sentido en las redes mismas del sentido.

El mandato de goce resulta, entonces, de un S1 próximo al objeto a, especialmente la voz (pero no sólo este objeto a) [\*\*], un S1 amo, una marca que “absorbe al sujeto” y lo lleva a lo necesario de la repetición.

Es ahí que Lacan nos indica la vía: ir más allá del Edipo es tener en cuenta el fantasma, y en el análisis “sacar al sujeto de su absorción por el S1”.

Ese S1 vinculado al Otro sin barrar, es un *falso real* aunque funcione como real para el sujeto, aunque funcione como “la ley de hierro” que lo coacciona, como orden superyoica: ¡goza! a la que responde el ¡oigo!.

El cese de la repetición está vinculado, entonces, a que la consistencia del ser de goce, presente tanto en la identificación como en el fantasma, se confronte gracias a la transferencia analítica con la inconsistencia del Otro, produciéndose la separación del S1 de la cadena significante.

### III - Un pragmatismo no cínico

El tema de estas Jornadas toca entonces una cuestión crucial: ¿qué respuesta da el psicoanálisis hoy a la gula estructural del superyó? ¿cómo responder a las derivas del goce, al “culto por lo nuevo” como empuje al superyó en la época actual?

Y le agrego una pregunta de Jacques Lacan de 1963 - ya que hay muchas prácticas de la escucha, de la palabra - “¿en qué el psicoanálisis es distinto de una psicología?” ¿en qué el psicoanálisis es distinto de las demás prácticas de la escucha?

Lacan responde ese año - en el que elabora el objeto a-, que “la ‘a’ pudo confundirse con el S(□) echando mano a la función del ser. Aquí queda por hacer una escisión, un desprendimiento... la psicología es esta escisión no efectuada” [5].

Así, el sujeto se identifica al goce del fantasma, obturando el agujero con su ser, y de esta forma hace consistir el Otro de su fantasma.

Lacan plantea allí, en el 63, algo que va a desarrollar diez años después, en el Seminario *Aun* respecto del amor de transferencia: dice que en el análisis se habla de amor, que hablar de amor es un goce que conduce al principio del placer y que justamente éste se funda “en la coalescencia del objeto a con S (□)”.

Acentúa entonces el aspecto libidinal de la transferencia, lo que se juega del objeto “a” en la transferencia.

Considera que el psicoanálisis, a diferencia de la psicología que refuerza la identificación, *efectúa esa escisión* entre el objeto a y el S(□), lo que hace caer el S1, revelando su pretensión a lo absoluto [6] y esa caída, esa separación del S1 de la cadena significativa es correlativa de la extracción del objeto a del campo del Otro.

Esto implica que la respuesta que nos dejó Lacan, en el fondo, y aún contando con el impasse freudiano, es la que enunciaba Freud: la *producción de analistas*.

Analistas cuya práctica está orientada por la *política del síntoma* y no de su borramiento al considerarlo un trastorno.

Esta política del síntoma implica un abordaje de cómo se anudan la palabra, el cuerpo y lo real, lo que supone un uso del síntoma como instrumento.

Esto no sólo para los analistas sino también para lo que llamamos psicoanálisis aplicado, por ejemplo las psicosis, en donde el encuentro con un analista puede permitirle al sujeto psicótico aprender a “parcializar su forclusión” [7].

El pragmatismo lacaniano es apuntar al goce alojado en la zona fuera de sentido en el despliegue mismo del sentido en el discurso del sujeto [8] como una manera de refutar, in-consistir, in-demostrar [9] los dichos del superyó. La subjetivación de las versiones del superyó, cuya orden de goce no pretende otra cosa más que saturar el agujero del “no hay relación sexual”, hacer existir el Uno del Otro para asegurar su consistencia.

Por ello el pragmatismo lacaniano, es un *pragmatismo no cínico*[10].

Para el cínico lo único que cuenta es el goce y el resto es nada, no consiente en que hombre y mujer no son lo mismo, que hay disimetría entre el hombre y la mujer.

Al respecto, decía J.-A. Miller que Diógenes, el cínico, se las arreglaba muy bien con su superyó, ya que no queda rastro alguno que se haya arrojado al Etna.

El análisis ¿“libera totalmente” de las exigencias del superyó? Sostenerlo sería superyoico, en tanto no se trata de “la resignación a la falta, ni del retorno a cero, ni de la homeostasis estable del universal bajo la férula del principio del placer” [11].

En el seminario *El momento de concluir*, de 1978, Lacan dice que no hay liberación del *sinthoma*, que en todo caso el análisis permite saber el por qué de los embrollos.

El análisis no libera totalmente del *superyó* como tampoco del *sinthoma*, en tanto no hay el nudo perfecto entre RSI, hay disarmonía entre lo real, lo imaginario y lo simbólico: queda un resto.

La enseñanza de Lacan nos indicó la vía: el pragmatismo lacaniano es saber hacer ahí, cada vez, con ese *resto de embrollo*, con ese resto pulsional irreductible equivalente del *superyó*.

J.-A. Miller dice que Lacan, a diferencia de Sartre que pensaba no tener un *superyó*, decía que él tenía uno y que por eso trabajaba tanto [12 y 13].

Podríamos sostener que vaciada la voz en su vertiente mortífera ligada a la repetición, hay un aspecto del concepto de *superyó* en Freud que se vincula al concepto de embrollo en Lacan, "nuevo concepto fundamental del psicoanálisis", en tanto el ser que habla se embrolla con lo real.

A diferencia de lo que sostiene el cínico, de haber alcanzado la "homeostasis" del goce, sin tener en cuenta al Otro.

Desde la perspectiva de la lógica de la falta y la castración, el *superyó* es empuje a la no castración.

Desde la perspectiva de la lógica de lo real y del agujero, se vincula con lo imposible, con el resto irreductible.

El psicoanálisis es el discurso que produce un forzamiento del autismo del goce gracias a la lengua.

Por eso, desde el primer encuentro del sujeto con un analista, dure el tiempo que dure, será "con" el analista, en *sentido instrumental*, un "punto firme", un "extraño" que, por su posición de semblante del objeto "a", hará de *límite a la errancia* subjetiva promovida por la voz del *superyó*.

Es el pragmatismo lacaniano: con ese analista-instrumento habrá la posibilidad de cuestionar la relación del sujeto al goce mortífero para que "sepa hacer" con su embrollo singular en el mismo punto de límite del saber.

\* Miller, J.-A. "Breve introducción al más allá del Edipo", en: *Del Edipo a la sexuación*, Paidós-ICBA, Bs. As. 2001, pág. 21.

\*\* Miller, J.-A., en el VI Congreso de la AMP en abril de este año, refiriéndose al testimonio de A. Vicens, decía "...la llave de este *superyó* en el objeto mirada y luego en la voz: un objeto detrás de un objeto".

1- Miller, J.-A.: *Hacia Pipol 4*.

2- Miller, J.-A.: *Clínica del superyó*. Recorrido de Lacan.

3- Miller, J.-A. y Laurent E. *El Otro que no existe y sus comités de ética* Clase del 28 de mayo de 1997, Paidós, Bs. As., 2005.

4- Lacan, J. *Televisión*. Radiofonía y Televisión. Anagrama, Barcelona, 1977.

5- Lacan, J. *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Paidós, Bs. As., 2007, pág. 101.

6- Miller, J.-A. "Nuestro Sujeto Supuesto Saber", en: *La lettre Mensuelle* 254.

7- Miller, J.-A. "Seis fragmentos clínicos de psicosis". EEP.

8- Laurent, E. "La erosión del sentido y la producción del vacío", en: *Enlaces 11*, Grama ediciones, Bs. As., 2006.

9- Lacan, J. *L'eturdit*. Inédito.

10- Laurent, E. "Pluralización actual de las clínicas y orientación hacia el síntoma", en: *Psicoanálisis y salud mental*, Tres Haches, Bs. As., 2000, pág. 27.

11- Miller, J.-A. "Nota paso a paso", en: *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Paidós, Bs. As., 2007, Paidós, 2000, pág. 237.

12- Miller J.-A. *La ética del psicoanálisis*. Seminario del Campo Freudiano, Madrid, 1988, pág. 37.

13- Miller J.-A. *Curso de la Orientación Lacaniana*, 9 de mayo de 2007. Inédito.